

Las crónicas de Indias, precursoras del realismo mágico

Samuel Serrano

Mestizo y seminal como el continente en que rebrota, el género de la crónica, tan cultivado en tiempos de la conquista y de la colonia en América para dar noticia al emperador Carlos I de España y V de Alemania de los asuntos de Indias, no sólo es relevante por su carácter histórico y su relación con otros géneros, sino también por ser, como señala Gabriel García Márquez en su discurso de recepción del premio Nobel de literatura, el germen de nuestras novelas de hoy¹, es decir, el origen de lo que sería la principal tendencia artística de las letras hispanoamericanas del siglo XX; el realismo mágico o lo «real maravilloso», como lo denominó su creador, Alejo Carpentier², algunas décadas atrás, término que, a pesar de haberse aplicado indiscriminadamente como rótulo a demasiados novelistas hispanoamericanos, acabó por convertirse en el sello personal del Nobel colombiano³.

El concepto mágorrealista de que la historia es más extraña que la ficción se halla presente en casi todas las crónicas de Indias, textos que son una mixtura de ensayo, narrativa de ficción, libros de viajes y poesía épica, escritos con el fin de dar noticia de un continente insólito donde no sólo la naturaleza, las plantas y los animales, sino también las costumbres de los aborígenes, sus mitologías y cosmogonías resultaban diferentes de las españolas, y proporcionaban, en su brumosa lejanía, materia fértil para dar vuelo a la imaginación de los cronistas que, aún sin proponérselo, acababan por tejer todo tipo de fábulas, de relatos prodigiosos. De esta manera, el cacique dorado⁴— homenajeado con oro y esmeraldas en la laguna de Guatavita—, la maravillosa ciudad de torres de calicanto que las huestes de Cortés vieron emerger como un sueño de

¹ <http://nobelprize.org/literature/laureates/1982/marquez-lecture-sp.html>.

² Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, Buenos Aires, Quetzal, 1994, p. 10.

³ Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, Madrid, Mondadori, 1990, p. 24.

⁴ Juan Rodríguez Freyle, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, *Historia* 16, 1986, p. 66-67.

las aguas en la laguna de México⁵, los hombres caudatos de Yuciguanim⁶ —que para sentarse tenían que abrir un hueco en las sillas o en la tierra para introducir la cola—, las bandadas de aves migratorias que durante varias semanas eclipsaban la luz del sol en su paso sobre las Antillas⁷, los pájaros moscas que se secaban como flores en los árboles en invierno y resucitaban cuando éstos reverdecían en primavera⁸, las miríadas de insectos híbridos mitad hormigas y mitad gusanos⁹ —que horadaban las vigas y derrumbaban las casas con un estruendo de maderas rotas—, y demás historias maravillosas registradas en las crónicas de Indias, presentan una red de semejanzas y correspondencias con los relatos prodigiosos de los cuentos y novelas del realismo mágico que nos permiten señalarlas como sus precursoras más remotas.

A mediados del siglo XIII, época en la que se inicia la era de los grandes viajes, en las estrechas ciudades medievales de la vieja Europa el tiempo transcurre lentamente. El pueblo y la burguesía emergente combaten la monotonía de la vida llenando la calle de comentarios, de chismes, de rumores, de noticias maravillosas que provienen casi siempre del mar, ese inconmensurable camino de agua que conduce a lo desconocido y que sólo unos pocos privilegiados han podido aventurarse a navegar. El mundo está poblado de misterios que es preciso develar, pero los viajeros, que son los encargados de traer las noticias de ultramar, se encuentran prisioneros de un sistema en el que las lindes existentes entre la fantasía y la realidad no se encuentran claramente delimitadas y resulta difícil situarse con nitidez a uno u otro lado de sus fronteras; por si fuera poco los encargados de aclarar las dudas que suscita lo desconocido, los monjes enclaustrados en sus sombríos monasterios, sólo pueden explicar los enigmas de este mundo echando mano de los recursos que ofrece el otro, es decir, de lo divino, de lo milagroso, de lo ultraterreno y sobrenatural.

De esta manera, aquel espacio ignoto que en un principio fue el oriente y más tarde las llamadas Ínsulas Afortunadas, situadas en el

⁵ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Barcelona, Planeta, 1992, cap. LXXXVII.

⁶ Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, en AA.VV., *Historia real y fantástica del nuevo mundo*, Caracas, Ayacucho, 1992, p. 202, ed. de Horacio Jorge Becco.

⁷ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sumario de la natural historia de las Indias*, Madrid, *Historia* 16, 1986, p. 67.

⁸ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, en AA.VV., 1992, p. 209.

⁹ Fernández de Oviedo, 1986, p. 124.

confín occidental del océano Atlántico, adoptaba algunas veces la fisonomía placentera de un reino bienaventurado y otras la de un «mar tenebroso» poblado de una disparatada fauna de criaturas monstruosas y sitios encantados que infestaban la imaginación de los viajeros: hidras, arpías, sirenas, endriagos, plantas carnívoras, fuentes salutíferas capaces de curar todos los males y una legión de seres teratológicos que acechaban al viajero en los recodos del camino: los *cinocéfalos* —hombres con cabeza de perro que se comunicaban por medio de ladridos—, los *sciapodas* —provistos de un único pie de tamaño descomunal que empleaban para dar grandes saltos y les servía de quitasol para protegerse de la canícula cuando se acostaban a descansar en el desierto—, los *blemmyas* —criaturas acéfalas con los ojos y la boca situados en el pecho—, los *hipópodos* —que en lugar de pies poseían pezuñas de caballo—, los *astomori* —de piel traslúcida y sin ano que en lugar de boca tenían un pequeño orificio en mitad de la cara, pues se alimentaban del perfume de las flores—, etc¹⁰. Todo el que regresaba de un viaje más allá del doméstico Mediterráneo traía consigo su caudal de relatos prodigiosos en los que la exageración aumentaba de manera directamente proporcional a la distancia y al tiempo de la ausencia, generando una carga de leyendas maravillosas que a medida que pasaban de boca en boca y avanzaban tierra adentro en lugar de perder su brillo se iban tornando más desmesuradas y rutilantes.

El viaje es fácilmente proclive a lo maravilloso, pues la partida a lo desconocido es un momento esencial de la aventura humana. Cuando los cronistas de Indias arribaron a América estaban imbuidos de las consejas y leyendas medievales, y al topar con un paisaje exuberante, una flora y una fauna desconocidas y unos aborígenes con creencias y costumbres exóticas para los europeos, concibieron de inmediato una nueva mitología, una serie de leyendas que ansiosas de explicar lo natural por vía de lo sobrenatural, terminaron por forjar ese sustrato milagrero y amante del prodigio que caracteriza a las crónicas de Indias y que acabaría incidiendo en la imaginación desbordante del realismo mágico.

La búsqueda de las maravillas, es decir, de lo nuevo, de lo extraordinario que constituye el gran tema de los libros de viajes, ocupa buena parte de las crónicas de Indias, pues el cronista deslumbrado que explo-

¹⁰ Claude Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 1986, p. 137-195.

ra la inédita tierra americana ama las maravillas, las busca, las anhela y cuando no las encuentra, no tiene ningún empacho en inventar su presencia o en revivir viejos mitos acudiendo a alguna semejanza de su acervo medieval con las cosas portentosas que descubre en el nuevo mundo. Colón tiene entendido por sus lecturas del Antiguo Testamento que el Paraíso es un sitio de temperaturas suaves y hermosa vegetación, rodeado de ríos torrentosos donde los hombres y las mujeres andan completamente en cueros, sin conocer la vergüenza, por lo que al arribar en su tercer viaje a la desembocadura del Orinoco en el golfo de Paria frente al mar Caribe en Venezuela, y observar que la naturaleza de la zona corresponde plenamente con la descrita en el «Génesis», reseña con patética convicción en su diario que aquel enorme río debe ser, sin duda, una de las vías que conduce al Paraíso Terrenal, al que sólo es posible llegar con ayuda de Dios¹¹. Bernal Díaz del Castillo, al contemplar la ciudad de Tenochtitlán con sus torres enormes y sus rectas calzadas en medio de las aguas de la laguna de México, afirma que aquella villa majestuosa parece sacada de las cosas de encantamiento que se narran en los libros de caballería¹². Orellana, al adentrarse en el Marañón y ver que las mujeres de las tribus que pueblan sus orillas combaten varonilmente al lado de sus hombres sin arredrarse ante los españoles, bautiza este río majestuoso con el nombre de Amazonas¹³, recordando los relatos de Heródoto sobre estas guerreras legendarias.

Explicar lo natural por medio de lo prodigioso para conferir a lo que podría resultar intrascendente dimensiones míticas, tal es el procedimiento usado por los cronistas de Indias que más tarde será empleado profusamente por los autores del realismo mágico. Recordemos que el principal representante de esta tendencia literaria, Gabriel García Márquez, al ser interrogado sobre el origen de la ascensión al cielo de su personaje Remedios la Bella, respondió que «la explicación de esto era mucho más simple, mucho más banal de lo que parece¹⁴», pues se trataba tan sólo de la excusa que una familia de su pueblo había dado para justificar la desaparición de una de sus hijas que se había fugado con un hombre, sin sufrir la vergüenza de su transgresión, versión fabulo-

¹¹ *Cristóbal Colón, Textos y documentos completos, Madrid, Alianza, 1982, ed. de Consuelo Varela, p. 204-221.*

¹² *Díaz del Castillo, 1992, cap. LXXXVII.*

¹³ *Gaspar de Carvajal, La aventura del Amazonas, Madrid, Historia 16, 1986, p. 157.*

¹⁴ *Mario Vargas Llosa, García Márquez: historia de un deicidio, Barcelona, Barral Editores, 1971, p. 108.*

sa que el novelista prefería a la real, a la hora de escribir, ya que ésta, por ocurrir todos los días, no tiene ninguna gracia.

«América fue la invención de los poetas¹⁵», señala Alfonso Reyes en su *Última Tule* para sintetizar esa proclividad a lo maravilloso que desde sus inicios mostraron sus primeros cronistas. Cristóbal Colón sabe que la realidad es siempre menos seductora que el mito y con el fin de suscitar en los Reyes Católicos el mayor entusiasmo posible para que le autoricen nuevos viajes, afirma que las islas descubiertas en su derrota han dejado de ser narraciones de fábula para convertirse en lugares donde se confirma lo insólito. Bernal Díaz del Castillo en esa intensa crónica mezcla de «historia verdadera», autobiografía, memoria y novela de caballería violentamente trasladada a la realidad, que es su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y que en palabras de Carlos Fuentes es la fundadora de nuestra novelística¹⁶, repite a cada paso la palabra maravilla; su relato está lleno de maravillas dignas de ser vistas, de lugares maravillosos, de maravillosas visiones, pues todo en México era tan maravilloso, nos informa, que él no sabría cómo describir estas cosas nunca oídas, ni aún soñadas. Hernán Cortés al rendir cuentas al emperador Carlos I en sus *Cartas de relación* del quinto real que le corresponde del tesoro arrebatado por sus huestes a los aztecas le informa que las piezas de oro, plata y trabajos en plumas y piedras preciosas que le envía podían valer aproximadamente 100.000 ducados, pero que «además de su precio material estas joyas son tales y tan maravillosas que consideradas por su novedad y extrañeza no tenían precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia las pudiera tener tales y de tal calidad¹⁷».

En las crónicas de Indias la diferencia provoca lo maravilloso y las narraciones, sin dejar de ser reales, producen la ilusión de irrealidad. De esta manera, una realidad distinta vista con ojos nuevos a la luz de la mañana se convierte en algo que si no llega a ser maravilloso es, al menos, perturbador, estrategia semejante a la empleada por los novelistas del realismo mágico que a fuerza de deformar la realidad en la mente de personajes neuróticos acaban propiciando lo sobrenatural sin romper necesariamente con las leyes naturales¹⁸. Úrsula, la matrona fundadora

¹⁵ Alfonso Reyes, *Última Tule y otros ensayos*, Caracas, Ayacucho, 1991, p. 193.

¹⁶ Carlos Fuentes, 1990, p. 77.

¹⁷ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Madrid, Historia 16, 1985, p. 273.

¹⁸ Enrique Anderson Imbert, *El realismo mágico y otros ensayos*, Caracas, Monte Ávila, 1991, p. 18.